

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Exodo 19, 2-6a: El Señor propone la alianza.

Calificamos de acertada la elección de este pasaje bíblico como lectura Primera del domingo XI del Tiempo Ordinario (Ciclo A), pues así podemos percibir mejor los ecos del evangelio de Mateo de este mismo domingo.

Es conveniente contextualizar esta breve perícopa; breve en su extensión; pero densa en su contenido.

La tercera parte del libro del Exodo trata de la Alianza y la Ley. Temas muy importantes en la Teología del Antiguo Testamento; no podemos detenernos en su exposición y explicación. Dentro de esta tercera parte hay una sección, que abarca los capítulos 19-24, que presenta la ratificación de la alianza. Los versículos 2-6a del capítulo 19 pertenecen a esta sección.

Moisés vuelve, ahora con todo el pueblo, a la misma montaña en la que Dios se le apareció para confiarle la misión de liberar a su pueblo (Ex 3, 1-4, 17). Allí en el mismo lugar en que Dios le manifestó su nombre, le comunicará ahora las exigencias del pacto que convertirá a aquel pueblo incrédulo y desorganizado en el pueblo del Señor.

Dios toma de nuevo la iniciativa. Convoca a Moisés y a través de él invita a los liberados a una comunión de vida. Su proyecto divino abraza la elección, el pacto y la consagración de Israel. La propuesta divina de Ex 19, 3-6 es la clave del pasaje.

El mismo día que llegan, Moisés sube a la presencia de Dios: las subidas y bajadas tienen un sentido espiritual: Moisés sube y Dios le habla, baja al pueblo y comunica las palabras de Dios, sube de nuevo e informa al Señor (Ex 9, 3-8).

Vamos a exponer los versículos 4-6, pues son los principales. Se percibe el aspecto dialógico: el uso de los pronombres *yo-vosotros* indica una relación personal muy estrecha; y también el aspecto temporal: la proposición tiene tres estrofas y cada una de ellas contempla un tiempo: pasado, presente y futuro, es decir, la totalidad (Ex. 19, 4-6)

La primera estrofa, con tres partes, *mirada al pasado*, a las hazañas divinas de que han sido testigos los israelitas: *Habéis visto lo que hice con los egipcios*, o sea el poder libertador de Dios; *su asistencia amorosa: Os he llevado sobre alas de águila*. (Dt 32, 11; sal 36, 8; 57, 2; 61, 5; 63, 8) y, definitivamente, *la llamada a la intimidad divina: Os he traído hasta mí*. No sólo: “Os he traído hasta aquí”.

El Israelita cuenta, canta, narra las maravillas del Señor: Historia de Salvación. El Mensaje bíblico no es sólo doctrinal, sino preferentemente historia, que informa y se canaliza en la doctrina.

El Israelita tiene experiencia de la ternura, delicadeza, de la dulzura del buen Dios. Toda imagen, aunque sea muy expresiva, no puede comunicar el comportamiento de Dios para con su pueblo. Dios, no es un lugar, sino un ser entrañable, apasionado, enamorado. Necesitamos de los místicos para que nos echen una mano a la hora de hablar de la Intimidad con el Señor.

Este versículo 4 podemos elogiarlo, magnificarlo, pues es una síntesis densa del actuar de Dios.

La segunda estrofa mira al presente y tiene forma dialogal: *Ahora bien, si me escucháis y cumplís mi alianza*. El Señor considera al pueblo como *un tú-vosotros*, capaz de una relación personal y libre; por eso la propuesta es condicional. Dios invita a los hombres libres a ser sus aliados. Esta segunda estrofa comprendería el versículo 5a. El hombre se juega su ser en la elección, puede seguir la invitación de Yahvé o puede quedarse en sí mismo, no abrirse a nadie. La libertad de elección le puede acarrear la esclavitud o la libertad verdadera. Siempre el hombre debe tomar decisiones trascendentales: o con Dios o sin Dios. Cuando el hombre se queda sin Dios, muere, se empobrece, pierde lo más bello de sí.

La tercera estrofa abarca los versículos 5b-6; mirada al futuro de Israel, también en tres proposiciones: si ellos cumplen lo pactado, el Señor de toda la tierra los tomará como posesión propia, *Vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra*.

Les propone ser el pueblo elegido. *Segulá*= *posesión* personal indica en hebreo la parte del rebaño propiedad del pastor, bajo cuya tutela hay otras ovejas. El pastor es responsable de todas: *toda la tierra es mía*. También puede tratarse del tesoro personal de un rey, adquirido como botín de guerra o comerciando.

Hablando en un sentido narrativo, cronológico, histórico, podemos aceptar la pertenencia de Dios a un pueblo concreto y éste pertenecerle de una forma especial; pero hablando en un sentido teológico nos cuesta ver esta actitud. Creo que son compatibles ambas dimensiones, siempre que tengamos presente lo que Dios nos quiere revelar. Hoy día debemos acentuar más universalidad que la particularidad. Siempre será lícito ver el comportamiento de Dios con su pueblo para así saber cómo se comporta Dios con todos los pueblos. El mundo le pertenece.

Los convertirá en *un reino de sacerdotes y en una nación santa*. *Un reino de sacerdotes* quiere decir que este pueblo- no una élite- será el ministro de la presencia divina: tendrá en el mundo la función que la tribu de Leví tiene en el pueblo. Esta tarea sacerdotal se suma a la misión profético-evangelizadora de ser testigos mensajeros de la salvación: *“Y vosotros seréis llamados «sacerdotes de Yahveh», «ministros de nuestro Dios» se os llamará. La riqueza de las naciones comeréis y en su gloria les sucederéis”* (Is 61. 6).

Nación Santa. La pertenencia a Dios lo traslada a la esfera sagrada: *“Consagrado a Yahveh estaba Israel, primicias de su cosecha. «Quienquiera que lo coma, será reo; mal le sucederá» - oráculo de Yahveh -.”* (Jeremías 2, 3). Significa que Israel constituirá un espacio separado de lo profano y consagrado al único Santo con unas instituciones por las que será más fácil el acceso a él *“Porque tú eres un pueblo consagrado a Yahveh tu Dios; él te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra”* (Dt 7, 6).

El estribillo del salmo responsorial es expresivo: *Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño*.

“Sabed que el Señor es Dios: que él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño” (v. 3)

Segunda Lectura: Romanos 5, 6-11:

Es bueno recordar que la segunda lectura, en los domingos del Tiempo Ordinario, no hace relación al Evangelio del día, sino que es autónoma. La Iglesia desea que las Cartas Apostólicas se lean en la Asamblea Litúrgica de una forma casi continuada; de aquí esta realidad. Estamos leyendo la Gran Carta de San Pablo a los Romanos.

La Primera parte de esta Carta trata de la *Salvación cristiana*: 1,16-11, 35. Tiene tres secciones (importante tener en cuenta para no perdernos y no repetirnos sin necesidad): a) *Salvación y fe*, 1,18-4,25; b) *Salvación y vida*: 5,1-8, 39. Los versículos 6-11 del capítulo 5 están en esta segunda sección. Estos capítulos de la segunda sección de la parte doctrinal, tienen alguna peculiaridad: ahora la palabra clave *no es fe, sino vida*. Los términos vida, vivir, son muy abundantes en esta sección, y Pablo los relaciona con los de paz, reconciliación, gracia, don, liberación, esperanza, resurrección, filiación, amor. Como contrapunto se menciona con frecuencia el tema de la muerte, el pecado, la ley esclavizante, los apetitos desornados(que Pablo suele designar con la palabra “ carne”), la condenación.

Son cuatro capítulos de una belleza y densidad teológica incomparables, en los que Pablo trata de explicar en qué consiste la salvación que Dios nos concede mediante la fe en Jesucristo; c) *Israel en el plan Salvador de Dios*; 9, 1-11, 39.

Es importante *tener fe, creer*; pero no basta, sino que necesitamos saber qué trae consigo el creer: la vida en Dios, lo que es un cristiano y también su coherencia. Quizá en el apostolado, no profundizamos en la *Salvación y vida*. Cuando intentamos estudiar la Carta de San Pablo a los Romanos, fácilmente nos limitamos a afirmar que la fe nos salva; pero no ahondamos en el hecho de la salvación.

5, 1-11: Este pasaje sirve de puente entre los dos grandes conjuntos de Rom 1, 18-4,25 (La *Salvación y Fe*) y 5, 12-8, 39 (*Salvación y Vida*). Podríamos decir que los cinco primeros versículos hacen relación a la *Salvación y Fe* y los seis últimos a la *Salvación y vida*. Sólo vamos a estudiar los versículos 6-11.

6 *Cuando todavía estábamos sin fuerza*: Así describe Pablo la condición de la persona sin justificar: incapaz de hacer nada por conseguir la rectitud ante Dios. *Entonces* (“en el tiempo oportuno”) *Cristo murió por los impíos*.

Cristo concretamente cuando todavía éramos débiles, murió por (nosotros) los impíos. Nuestra situación estaba marcada completamente por la “debilidad”. Por supuesto que no se dice desde el punto de vista de impío, el cual, en su rebelión. Contra Dios, en modo alguno se considera débil; *se habla más bien desde la vertiente del justificado*, que echa una mirada retrospectiva a su situación como pecador.

Solo el que ha experimentado en la *iustificatio impii* el poder creador de Dios como potencia superior al poder del pecado y de la muerte sabe de la impotencia del pecador frente al poder del pecado, del que fue esclavo. Lo tremendamente desesperado de esta situación contrasta con la acción de Cristo; él, el Justo, muere por los impíos y utiliza así el poder de Dios, el poder de su amor como gracia, a favor de los impotentes: ¡qué *contrasentido*!

7 “Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir”

La muerte de un Justo a favor de los impíos no sólo es impensable para un judío, sino que es también teológicamente imposible. Esto significaría querer violar la diferencia entre justicia e injusticia y, con ello, corromper la justicia en el efecto. Este fue el motivo decisivo de la oposición de los fariseos y de los escribas contra la predicación del reino de Dios hecha por Jesús.

Sin embargo, Pablo se corrige en v.7b: “tal vez” pueda suceder que alguien esté dispuesto morir “por lo bueno”. Pablo tiene en cuenta ejemplos de autoinmolación heroica. Pero, de nuevo, la muerte de Cristo nada tiene en común con esto, sino que su muerte es una acción para rescatar a los impíos, es intervención a favor de “enemigos”. Por consiguiente, su muerte es absolutamente incomparable con lo que los hombres pueden hacer por los hombres.

“Nosotros” como impíos no teníamos “entonces” entre los hombres verdaderamente a nadie dotado del poder y de la voluntad de entregarse a favor de nosotros.

Quizá este versículo 7 lo hemos contemplado desde una óptica moral-psicológica; cuando además de esta dimensión existe otra: la teológica. Morir por el impío no solamente repugna a nuestra psicología, sino a nuestra dignidad, pues aprobamos lo injusto, pues morimos por él. Jesucristo muere para salvar al impío, no para darle la razón, como diciéndole que su comportamiento es digno de ser valorado, estimado, incluso hasta la muerte. No se trata de “justificar”, sino de salvar.

8. “Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores”. Repite el v. 6, pero de una manera algo diferente: ahora la muerte de Cristo emerge como acción del amor de Dios, del que se habla en el v. 5. El amor de Dios va dirigido a nosotros como pecadores. Y el poder de su amor se nos *demuestra* en que ha realizado en la muerte expiatoria de Cristo su intención “a favor de nosotros”: los pecadores han sido justificados mediante la sangre de Cristo, con lo que destaca el carácter de expiación

9 “Con mayor razón, pues, a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre, los salvará definitivamente del castigo” La justificación tiene su consecuencia escatológica. Para el *pecador justificado* vale lo que en la tradición apocalíptica se dice del *justo*: ahora forma parte de aquellos que, en las postrimerías, serán salvados del juicio de ira. El que es justo y el que está justificado gozan del mismo favor del Señor.

Pero lo decisivo es, por una parte, que él a diferencia del justo de la tradición judía, pertenecía inevitablemente como pecador a la realidad de la ira de Dios: “En efecto, la cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia” (Rom 1, 18), él será rescatado es la realidad de la consecuencia escatológica de su propia *actuación, de la que él mismo era presa*. El salvador escatológico es Cristo, el Crucificado resucitado, cuya muerte expiatoria ha liberado al pecador del poder de perdición de su pecado; no el Juez que adjudica la salvación al justo como consecuencia hábil de su justicia.

Nuestra salvación depende de la unidad del Cristo crucificado por nosotros con Dios, de la de Dios con el Crucificado. El juez no justifica, solamente lo declara justo; el caso del impío justificado no solamente es declarado justo, sino que está justificado.

Por su sangre: Mientras que en 4, 25 la justificación se imputaba a la resurrección de Cristo, en este texto se atribuye a su muerte. Con mayor razón seremos salvados.

10 “Porque *si siendo enemigos de Dios nos reconcilió consigo por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, nos salvará para hacernos partícipes de su vida*”

Repetición de 5, 8 de manera más positiva; el pecador no es simplemente “débil” o “impío”, sino incluso “enemigo” de Dios. Sin embargo, la muerte de Cristo produce la reconciliación de tal enemigo. La “reconciliación” es el restablecimiento en la amistad e intimidad divinas del pecador hasta entonces alejado y distanciado de Dios. *Seremos salvados por su vida:* el tercer efecto de la justificación es una participación en la vida resucitada de Cristo que trae la salvación. Aunque la justificación es algo que acontece ahora, la salvación está todavía por conseguir, está enraizada en la vida resucitada de Cristo.

Mientras que en v 9 se está pensando en el Crucificado por nosotros, en v. 10 se apunta al Resucitado en cuya vida se fundamenta nuestra salvación futura como participación de la vida escatológica

11. “*Y no sólo esto, sino que nos sentimos también orgullosos de un Dios que ya desde ahora nos ha concedido la reconciliación por medio de nuestro Señor Jesucristo*” *Nos sentimos orgullosos de Dios:* el efecto de la justificación es que el cristiano llega hasta gloriarse de Dios mismo, mientras que antes vivía atemorizado por su ira. El cristiano presume del buen Dios, que tenemos. Nuevamente debemos acudir a los místicos para que nos hablen de la bondad de Dios. Dios es nuestra corona y nuestro gozo. ¡Qué buen Dios tenemos!

Esta es la presentación- explicación de los vv. 6-11 del capítulo 5 de la Carta a los Romanos, que hemos proclamado como segunda Lectura.

El Evangelio está tomado del Evangelista Mateo 9, 36-10, 8

El domingo pasado leíamos la vocación de publicano Mateo y el discurso de Jesús en casa de él; en este domingo, XI del Tiempo Ordinario, vamos a escuchar el envío de los Doce por parte de Jesús.

Los versículos 9,6- 10, 8 pertenecen al “*discurso de misión*”, en el que se describe la tarea que Jesús encarga a sus discípulos como continuadores de su misión.

El “*discurso de misión*” consta de dos partes: el envío de los discípulos (Mt 10, 1-15) y el anuncio del destino que les aguarda (Mt 10, 16-42), precedidas de una introducción (Mt 9,36-38) y seguidas de una breve conclusión (Mt 11, 1). El discurso a los discípulos es una composición elaborada expresamente por el evangelista Mateo, posee un significado eclesiológico fundamental: en él amplía Mateo la actividad de Jesús hacia la Iglesia; en él habla a la Iglesia sobre la figura de Jesús.

Los versículos 36-38 son claramente de transición ; concluyen la sección formada por 4, 23-9, 34, que muestra a Jesús como Mesías en palabras y obras, y abre el camino a la misión de los discípulos y al discurso misionero del cap. 10.

36: “*Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor.*” El Sermón de la Montaña empieza de una forma parecida: “*Al ver a la gente, Jesús subió al monte, se sentó, y se le acercaron sus discípulos*” (Mt 5, 1).

Las primeras frases describen el estado en que se encuentra Israel: *como ovejas sin pastor*. La alusión a la falta de pastores encierra un reproche contra los maestros espirituales del judaísmo. Esa es precisamente la tarea que ha asumido Jesús, pues sus sentimientos: *sintió compasión de ellos* son los mismos que Dios tenía por su pueblo.

“*Ovejas sin pastor*” es una expresión bastante frecuente en el Antiguo Testamento: (Núm 27, 17; 2 Crón 18, 16; Jdt 11, 19). Para Mateo está claro que el pueblo entero está en grave situación; los episodios de enfermos referidos en los capítulos 8 y 9 vienen a representar a todo el pueblo.

El amor y la misericordia de Jesús se extienden a esa muchedumbre, que contempla. El comienzo de su entrega a la acción pastoral se encuentra en la experiencia de la necesidad que tiene la gente de un liderazgo espiritual: “*Y ellas se han dispersado, por falta de pastor, y se han convertido en presa de todas las fieras del campo; andan dispersas.*” (Ezequiel 34, 5), *como ovejas sin pastor*.

37 “*Entonces dice a sus discípulos: «La mies es mucha y los obreros pocos.»*”

38 “*Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies.»*”

La imagen de la recolección de la mies, que en los profetas representa el juicio último de Dios “*Será como cuando apuña un segador la mies, y su brazo las espigas siega; será como espigador en el valle de Refaím,*” (Is 17, 5) pone a la misión de los discípulos un tinte de urgencia. Por su parte, la necesidad de rogar al dueño de la mies subraya que esta tarea no depende de los hombres, sino que es obra de Dios. Sería muy interesante no olvidar esto. Nadie da lo que no tiene. Si los discípulos no son santos, difícilmente pueden santificar. Creo que gastamos mucho más tiempo en proyectos pastorales (proyectos) que en orar, en presentar al Señor las necesidades del rebaño.

Podríamos explicar más esto; pero creo que queda claro.

Envío de los discípulos 10, 1-15; nosotros solamente vamos a presentar los ocho primeros versículos.

1. “*Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia.*” Parece extraño que aquí no se enumere la misión de predicar, de anunciar las maravillas de Dios; parece una misión más que de la palabra, de la obra.

La verdadera Misión se fundamenta en la Palabra y en la Obra. Las palabras solas no son dignas a veces de credibilidad; las obras solas tampoco convencen. Hoy, gracias a Dios, podemos hacer “milagros” mediante la medicina; podemos dar de comer mediante una economía bien administrada. Quizá nos preocupamos más de las obras que de las Palabras; más del hacer que del ser. El discípulo es y después obra; o quizá debe simultanear el ser y el obrar.

Curar los males del pueblo de Israel sería, así, la misión de los discípulos. La respuesta de Jesús a los males de Israel consiste en reunir a los doce discípulos.

Mateo sabe que los Doce discípulos se corresponden con las doce tribus de Israel. Mateo no refiere nada sobre la fundación del grupo de los Doce. No habla aquí de su constitución, sino de su autorización por Jesús. Su potestad es expresión del poder del Señor, presente en su comunidad.

Mateo interpreta a los discípulos a través de los apóstoles y da a entender con el número “doce” que habla de los aquellos doce discípulos de Jesús. Mateo presenta así aquel envío de los Doce como paradigma del envío permanente de la comunidad.

La autoridad de los discípulos para obrar milagros es de extrema importancia para la configuración de la Iglesia. Jesús convoca al grupo para entregarles la autoridad que ha de acompañar a sus palabras y a sus signos. Esta autoridad se manifestará, como la de Jesús, en su dominio sobre las fuerzas del mal: expulsar demonios y curar enfermedades. Mateo subraya así la continuidad entre la misión de Jesús y la de sus discípulos, que aquí representan a la comunidad cristiana.

Vamos a resumir los versículos 2-4 para entretenernos más en la explicación de los versículos 5-8.

Antes de Mateo, el grupo apostólico fue ya identificado con los Doce en Marcos: “*Y llama a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos.*” (Mc 6,7), también en el Apocalipsis y en Lucas. “*La muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce Apóstoles del Cordero*” (Ap 21, 14).

Los doce discípulos; normalmente, los discípulos forman un grupo más amplio, pero aquí y en otros pasajes Mateo los reduce a Doce. De este modo, al mismo tiempo que mantiene a los Doce unidos al resto de los discípulos, los singulariza como discípulos especiales. Los discípulos deben contemplarse en los apóstoles, no ya en el sentido jerárquico, sino en el sentido de coherencia, de santidad.

Hasta este momento, el evangelista sólo ha nombrado a cinco discípulos de Jesús: Pedro y su hermano Andrés (Mt 4, 18), Santiago y su hermano Juan (Mt 4, 21), y Mateo (Mt 9, 9). Ahora el grupo se completa hasta llegar al número simbólico de doce. Estos doce discípulos, como hemos dicho, representan a las doce tribus de Israel, serán las columnas del nuevo pueblo de Dios. Pedro encabeza la lista y Judas Iscariote la cierra.

Sería interesante exponer qué significa *Pedro, el Primero*. Es una afirmación teológica según los católicos, no solamente una declaración de orden numérico. No es sólo *primus inter pares*; sino el mayor.

5b: “*No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos.* 6 “*Id más bien a las ovejas perdidas del pueblo de Israel*”

No es extraño que en la historia de la exégesis prevaleciera a veces la opinión de que este texto no da unas instrucciones de validez general para la misión cristiana, sino que es algo singular y anacrónico, una especie de “ensayo” de misión que fue sustituido después de pascua por un esquema definitivo.

Al principio, la misión de los discípulos ha de dirigirse sólo a Israel. Este encargo restringido refleja el primer estadio en la misión de Jesús y de sus discípulos. Refleja también una tensión viva en la comunidad de Mateo, donde ciertos grupos de origen judío no comprendían ni aceptaban la misión a los paganos. En Mt 28, 19 el

anuncio del evangelio se dirige a todos los pueblos. Es la segunda etapa del proceso, y la postura representada por el grupo mayoritario dentro de la Iglesia de Mateo.

7 *“Id proclamando que el Reino de los Cielos está cerca.*

8 *Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis”*

El anuncio de la llegada del reino ha de ir acompañado de signos y curaciones. Es exactamente el mismo anuncio que el evangelista ha puesto en boca de Juan Bautista y de Jesús. La llegada del reino está íntimamente ligada a Jesús; a él se unen las voces de Juan y de los Apóstoles para dar testimonio de la gran noticia.

Curad a los enfermos: Es una comunicación del poder de curar y exorcizar que Jesús hace a los doce. *Gratis habéis recibido, dad gratis.* Estas palabras de Jesús son ilustradas en los vv. 9-12; la Iglesia apostólica entendió claramente que el Evangelio no se vendía ni había que pagar a sus apóstoles. Numerosas sentencias rabínicas conservadas en el Talmud advierten al rabino que no debe aceptar honorarios por dar instrucción en la Ley. Para Pablo era un punto de honor el no permitirse ni siquiera el privilegio que se formula en 10, 10b: *“ porque el obrero tiene derecho a su sustento ”*

Sinceramente creo que debe darse una interpretación teológica y no solo sociológica a la afirmación: *“Gratis habéis recibido, dad gratis”*. La hondura teológica es muy grande, se trata de un don recibido: el don de la fe, de la salvación. Esto no se puede comprar, pues es *gratuidad, regalo*; esto no debemos olvidarlo. El recibir una gratificación por la administración de este don, de este regalo de Dios no hiere a la gratuidad, son cosas complementarias. Ser discípulo es una vocación, es una vivencia del don, que se recibe y se da; ser profesional no es lo mismo, pues éste acentúa la administración sin saborear el don, el regalo.

Es una exégesis teológica y sociológica la adecuada para entender este “extraño”: *“gratis habéis recibido, dad gratis”*

.

.

.

.

